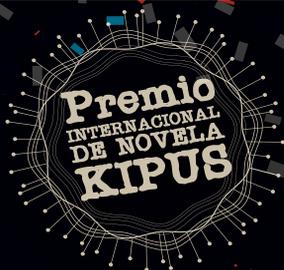


Guillermo Ferreyro Lamela

Mal Trato

ACABE CON ÉL



Tercera Versión



Grupo Editorial



1

Cierre el ventanal de vidrio y abra las cortinas de tela.

En la calle algunos vecinos pasan apurados.

Despiérteles la curiosidad. Camine. Muéstrese en movimiento sin que le vean la cara. Eso es. Que los de afuera tengan la certeza de que adentro hay una mujer imposible de identificar, haciendo las cosas de la casa, probablemente acomodando el living para esta ocasión tan especial. Listo. Siéntese en el sillón.

Familiarícese con el objeto que está sobre la mesa ratona, acomódese, manipúlelo, impresiona, no porque sea feo; al contrario, es una máquina bella, misteriosa, llena de detalles mecánicos muy graciosos, un juguete bien ingeniado, resortes, percutor, gatillo, formas redondas, pulidas, todo cromado, cachas nacaradas, es suave, placentero al tacto, sí, cuando Usted lo empuña se ajusta con una certera delicadeza, parece creado para su mano. Peso exacto. Es un objeto hermoso pero le cuesta mucho considerarlo bello. La belleza es inofensiva... es vida ¿O no? Usted sabe para qué sirve un arma de fuego y qué provocan los proyectiles. Eso es lo que le impide apreciar la sutil armonía de un revólver. Una pavada la distrae: revolver no es lo mismo que revólver. Se escriben casi igual y no tienen nada que ver. ¿O sí? Usted puede revolver cualquier asunto con un revólver. Acá ya no hay nada que revolver. Ésto no es un juego; no está juntando letritas para formar en el scrabel la palabra revolver, en ese caso, la diferencia poco importaría; revolver o revólver da lo mismo, porque las fichas vienen sin acento y lo único que vale son los puntos. Su mente está jugando con Usted. La desvía. Siente un mareo.

¿Busca excusas para cancelar todo?

Qué pálida, ha dicho al verse en el espejo. Otra vez las palabras invaden su cabeza. ¿Pálida Usted, pálida la situación, pálida su vida? Dejó escapar esa palabra pálida, ¿a qué palidez se refiere? Una palabra a veces es más poderosa que una bala, ¿entiende?, que seis balas. Sí que entiende. Apunta hacia el piso. Cada palabra podría ser usada en su contra. Ríe. ¿Cuál es la gracia? Sigue

jugando. No preste atención a las voces en su cabeza o a los ruidos de afuera. Lo único importante es lo que ve. Ojos abiertos. Boca cerrada. Oídos sordos.

Nunca usó un arma. Recibió instrucciones precisas. Verá lo fácil que es. El gatillo es muy sensible. No meta el dedo hasta que sea necesario. Cuidado. Debe accionar el percutor con el pulgar. Este revólver de doble acción le permite dar tres disparos consecutivos. Luego tiene que volver a accionar el percutor. El tambor carga seis balas. Escóndalo en el bolsillo de su delantal. Eso es. Espere sentada.

Si fuera la otra tarde, su marido ingresaría por esa puerta, probablemente borracho y si Usted le preguntase cómo estás, él le contestaría cómo quieres que esté, como el culo, porque estoy en casa; Usted se pondría a llorar, él le gritaría: ¡No llores! Usted trataría de detener el llanto y él haría lo de siempre.

Esta tarde será diferente.

Pasos. Es él. Abre. Trae una sonrisa de oreja a oreja, le besa la frente, dice hola mi amor, le pregunta por los chicos, está claro que se olvidó de qué día es hoy, de la fecha, siempre se olvida. No tiene olor a alcohol, ni los ojos brillosos. Usted está sorprendida, lo mira sin decir una palabra, lo nota cambiado, ¿habrá cambiado? Su marido sonríe con cara de inocente y se le hacen esos huecos en las mejillas. Qué lindos le quedan, le hacen juego con la zanjita en la pera, es muy lindo, es muy lindo cuando está así relajado, sobrio y Usted le ve esos ojos grises divinos, que le dan una mirada angelical, que le recuerdan a un cachorro, su cachorro de Spaniel, Pinky, el que creció con Usted, que después fue un perro adulto, luego un perro viejo y que murió, pero siempre mantuvo esos ojos grises hermosos, ojos de bueno, ¿cuánto estuvieron juntos?, Pinky y Usted, no. Usted y su marido. El perro estuvo diecicocho años. ¿Y ustedes dos cuánto llevan? Doce, hoy se cumple una docena de años de matrimonio, es el aniversario del que él se olvidó una vez más. Qué linda pareja han hecho siempre, él tan grandote, tan apuesto, tan pintón, dijo su madre cuando lo conoció hace dieciocho años, qué casualidad, guau, dieciocho, igual que con el pichicho, dieciocho años exactos con este tipo, también es aniversario, claro, porque se casaron en la misma fecha que se pusieron de novios, qué romántico, dieciocho años juntos y sin Pinky que se murió en los primeros tiempos del noviazgo. Era un perro bueno, nunca mordió a nadie; en cambio, su novio, que después fue su marido, dos por tres, la mordía, pero enseguida le daba un beso en la frente, igual al que acaba de darle, un beso y le decía muñequita mía y la miraba a los ojos con esos ojos grises, de bueno, de perro bueno y le agarraba la cara, la miraba a los ojos, apoyaba frente contra frente, dejaba caer

una llovizna salada para que Usted saboreara ese llanto. ¿Arrepentido? Más o menos. Cada tanto le metía otro tarascón de lobo hambriento, se disculpaba y Usted le concedía el perdón. Llanto mediante.

Hace un día hizo lo mismo que hace desde que se conocieron: lloró sobre las heridas que le provoca, sobre Usted; toda Usted es una herida en la que él derrama lágrima tras lágrima, le causa ardor, más ardor, también besa los moretones y sin despegar la boca de la piel magullada, le pide que lo perdone, le dice: perdoname y Usted siente que debe perdonarlo, que al fin y al cabo todo el mundo se pelea, todas las parejas discuten, algunas más fuertes, otras pasajeras, lo importante es que él pida perdón. Perdoname, le dice mientras llora y frota viejas cicatrices y recorre los nuevos cortes con sus yemas mojadas por sus propias lágrimas, como si fueran hisopos de Merthiolate, y se arrepiente de la paliza que acaba de meterle a Usted por servir la comida fría, o por cualquier motivo, y él le dice que la ama, que no va a volver a pasar. Mi amor, no va a volver a pasar, yo te lo prometo. Pero la última vez dijo fue sin querer, y a Usted sin querer le quedó sonando, claro que fue sin querer, pensó, sin quererme, si no me quiere, ya no quiere; Usted comprendió que mañana va a ser peor, porque cada vez fue peor, y será peor aún; por cualquier cosa él le va a dar con lo que tenga. Hace unos años dejó de pegarle solo con las manos, con sus manos pesadas. Usó de todo: palos, cintos y hace dos semanas le encajó un cadenazo en las nalgas. Ahí están todavía marcados los eslabones de la cadena del canil donde guardan los perros, los encierran a los dogos, macho y hembra, raza dogal para ser exactos, que son la devoción de él. Dice que uno necesita tener un perro así, que asuste porque en estos tiempos nadie sabe cómo puede terminar la cosa si alguien entra en tu casa y agarra a uno de los chicos; porque eso sí, él es un buen padre y se preocupa de que a los chicos no les falte nada, y cuando le dijo eso a su amiga, a Helenita, ella le advirtió a Usted, le dijo que si él quiere que no le falte nada a los chicos, que se preocupe de que no les falte la madre, porque una vez al mes, por lo menos una vez al mes, te muele a palos, y si seguís así, un día de estos apareces muerta, y después a quién le va a pegar, a los chicos, los va a matar, porque necesita fajar a alguien. Usted le contestó que él nunca la pegaba delante de los chicos, ni delante de nadie. Eso cambió la última semana. Entró enloquecido, Usted y los chicos estaban cenando. Entonces, él gritó: ¡Cómo carajo cenan sin mí, que yo no valgo nada en esta casa, yo que los banco, que pago lo que comen y hasta el papel con el que se limpian el culo y no son capaces de esperarme! Usted que lo conoce, cuando él anda así, sabe que estaba más que borracho, estaba borracho y se había metido un par de líneas. Últimamente se le dio también por eso. Usted le dijo que los

chicos tenían que ir al colegio temprano, que lo habían esperado, pero que era muy tarde y ahora ellos se iban a dormir y que Usted se quedaba con él y le haría un churrasquito. Mientras hablaba Usted puso la plancha al fuego para hacerle un churrasquito y dijo a los chicos, a la cama; entonces, él gritó que de acá no se mueve nadie, que les iba a mostrar a sus dos hijos varones cómo se trata a una mujer, y justo cuando Usted dejó caer el churrasco sobre la plancha caliente, él la agarró del pelo y empezó a exigirle que dijera a los chicos quien manda en la casa: ¡Quién, quién, hija de puta! ¡A mí no me vas a desautorizar! Los chicos lloraban, y él les decía que no fueran maricones: ¡Maricones, no lloren, deciles quien manda, deciles! Y Usted no podía hablar porque él le agarraba el maxilar con dos dedos como si presionara el cuello de una gallina, y no le dejaba mover la mandíbula y Usted lloraba y hacía señas a los chicos para que se fueran. Pero los chicos no se iban y le decían no mamá y gritaban: ¡No papá, soltala papá, soltala! Y él la arrojó a Usted, literalmente la arrojó, como un trapo, contra el mueble bajo mesada y el churrasco se quemaba, y la cocina se llenaba de humo y los chicos lloraban y gritaban y a Usted le dolía tanto la cara, el cuello y el cuero cabelludo que no podía hablar, le dolía todo, le dolía el alma, ¿se acuerda cómo le dolían el cuerpo y el alma?, y los chicos empezaron a correr; entonces, él fue atrás de ellos, alcanzó al más grande, se sacó el cinturón y le dio media docena de rebencazos en la cola, mientras exclamaba: ¡No sea cagón, aprenda, no me desobedezca, quién manda acá, quién! Y al más chiquito no pudo darle porque el chiquito se escondió debajo de la cama marinera y al estar tan borracho, tan tambaleante, tan dopado, no llegaba, quiso manotearlo, quiso, pero el chiquito se hizo un bollo, se hizo más chiquito de lo que se puede ser cuando se es tan chiquito y él no alcanzaba a manotearlo, lo puteaba y le decía que cuando saliera lo iba a matar: ¡Cuando salgas te voy a matar sos como tu madre! Usted, la madre, rogaba que no hiciera más daño a sus hijos: Por dios, por favor, pegame a mí, matame, pero a ellos no los lastimes. En ese momento Usted comprendió que estaba rogando por la vida de sus hijos, pero al que le estaba rogando era a su propio esposo, al hombre con quien los había engendrado, al papá.

Se sintió tan culpable de haber elegido a ese tipo, de haberlo amado, de haber hecho el amor tantas veces a pesar de todo, a pesar de que cada vez era peor, de que los primeros chirlos habían parecido una bromita seductora: Unos chirritos en esa colita hermosa, le pidió él y después se le fue la mano, la nalga le quedó roja como si se hubiera quemado al Sol y Usted le dijo: No me lastimes más. Tantos veces le dijo que no la lastime que un día enojado le dio un puñetazo. Usted quedó grogui. Para despertarla le retorció un pezón,

casi se lo arranca, y cuando Usted se quejó, él le gritó: ¡Si te gusta, putarraca, te gusta! Y la penetró a pesar de que Usted le decía que no: Me duele una teta, estoy seca, sangro. Pero acabó dentro suyo, como siempre, porque desde el primer día también se negó a usar forro, y cuando Usted se lo sugirió, él dijo: Cuidate vos, ¿qué?, ¿andás con otros? Usted le dijo: No, no es por eso. ¿Y por qué entonces? Usted le dijo para no quedar embarazada, pero en el fondo quería decirle que seguro que él andaba con otras y que además de sida podía contagiarle venéreas; él le hubiera jurado que sos la única, y por ser la única Usted se tenía que aguantar todos los caprichos, las mañas y las asquerosidades que a él se le ocurría hacer. Sos mi mujer, o no sos mi mujer, le repetía. Entonces Usted, como ahora, igual que ahora, ya había pasado por el calvario, y veía la cara de él, tan bonito, con esos hoyuelos en las mejillas, la sonrisa, la hendidura de la pera, los ojos grises de perrito bueno y asentía: Soy tu mujercita, soy tu mujercita. Entonces empezaba de vuelta y como él ya se había sacado las ganas de hacer lo que se le antojaba, hacia el amor más suave, como Usted quería, y Usted pensaba: Lo amo, lo amo.

Él articula los labios, sabe que le está hablando pero Usted siente un silbido sordo, no escucha ni quiere escucharlo, mete la mano en el bolsillo del delantal y saca el revólver; él da un paso atrás, dice cosas, debe estar diciendo qué es esto, un revólver, le hubiera contestado, pero Usted no habla, no escucha, solo ve la cara de susto de su marido. Ahora que él está sobrio debe entender lo que es el miedo a morir, a que le maten. Por un momento Usted cree que es suficiente, que con eso basta, que con hacerle sentir miedo y terror, él escarmentará. Pero no es así, si Usted desiste, si baja el arma, en un rato él estará reventándola a trompadas y Usted sabe perfectamente que también les va a dar a los chicos, delante suyo, por no estar cuando él llega, los irá a buscar adonde sea y los traerá a las patadas.

No hay marcha atrás. Le han explicado que cuando Usted empuñe el arma es para matarlo, matarlo definitivamente, matarlo y sacárselo de encima, que no puede dudar porque si duda un solo segundo, un miserable segundo, él la va a matar. Por eso Usted está apuntándole a la cara. No hable, apúntele al medio de los ojos, haga coincidir la muesca con el palito rojo, ayúdese con la otra mano para sostener firme y vaya bajando hasta el medio del pecho, ahí está el corazón, hágale levantar las manos, arriba las manos, dígame, él las levanta, se queda quieto, ya ha entendido que Usted no está jugando y que él está jugado. Le dice mi amor, qué pasa, soy yo. No escuche razones ni ruegos, le advirtió Toto, pero su maridito sigue: Mi vida, si te hice algo malo por favor perdoname, no tomé nada de nada, muñequita, estoy empezando un nuevo

negocio, va bien, nos va bien, a vos, a mí, a los chicos, qué pasa. Se justifica y le implora que le perdone, pero usted no le cree; aunque duda un poco sabe que está mintiendo, duda porque no es una asesina y le cuesta matar a una cucaracha. Este tipo es peor que un insecto, le ha dicho Toto. No dude, le indicó, dispare tres veces, espere y si él no cayó redondo, tire tres más, son tres y tres, recalcó Toto. Mi amor, deja ese revólver, le ordena su marido; qué bárbaro, en lugar de pedirle por favor que baje el arma, en lugar de suplicarle que no lo mate, él le está dando una orden; es un hijo de puta, cree que aún puede mandarla. Ahora sí, comprende plenamente que ese hombre debe morir, que ese tipo que está ahí no es el tipo del que Usted se enamoró hace dieciocho años, o sí, sí lo es, lo que pasa es que Usted veía a otro, veía a ese muchacho bonito que le envidiaban las muchachas del barrio, el chico amable que cautivaba a las madres, el primer hombre con el que había hecho el amor y casi el único, ¿o Usted cambió? Yo cambié, es cierto, cambié bastante, piensa, estoy cambiando, estoy bien distinta, estoy siendo otra.

No duda, no escucha, no habla.

Guarda una distancia de unos cinco pasos, extiende los brazos, rectos, a la altura de sus tetas, las manos fusionadas al revólver, se afirma, presiona el gatillo, él mira despavorido el hoyo que acaba de abrirse en el esternón, inmediatamente, la segunda bala penetra en la barriga, y la tercera da por ahí. Usted acciona la palanquita percutora con el dedo gordo, él abre la boca, levanta la vista. Usted baja la vista, en ese recorrido mínimo se encuentran las miradas, apunta a los genitales que tan bien conoce, imagina ese pene y los testículos retrayéndose del terror, gatilla, un proyectil da en el vientre y el siguiente se hunde en la ingle, le erró al sexo, él se desploma, cae como una bolsa de papas, no se ataja, la cara choca contra el piso, queda boca abajo. Usted está molesta por la falta de puntería, y antes de que el cuerpo termine de acomodarse piensa en meterle un tiro en el medio de las cervicales que tantas veces masajeó, pero cambia el blanco y se lo encaja en el centro del culo; supone que la bala se alojó en el ano, por supuesto no sabe si acertó, pero está satisfecha con la imagen. Seis veces ha impactado sobre su marido. Seis balazos consecutivos con una mínima pausa cuando martilló.

En el suelo empieza a correr la sangre, se está formando un charco y también hay salpicaduras sobre el mueble, el artefacto de cocina y las patas de las sillas. Usted petrificada sigue apuntando al cuerpo. No hay más balas en el tambor. Es todo. Respire profundo. Afloje el brazo, baje el revólver con cuidado. Camina hacia atrás cuatro pasos. Envuelve el arma en la franela y la guarda

en la bolsa de nailon. La deja sobre la mesa. Va al living. Se sienta en el sillón dándole la espalda a su marido muerto. Enciende el televisor y se pone a esperar.

Quédese tranquila, en minutos llegará Toto para limpiar esto y arreglar las cosas. Usted hizo lo que debía hacer.

Con un recurso narrativo original que interpela directamente al lector, haciéndolo sentir parte de la trama y, de alguna manera, cómplice de muchas de las situaciones que van apareciendo en una secuencia que parece no tener fin, Guillermo Ferreyro, construye una obra literaria llena de sucesos extremos que mantienen hipnotizado al lector.

Con una fuerte violencia escritural, donde lo bufo y lo carnavalesco son parte esencial de su esencia narrativa, *Mal Trato*, sin dejar de lado el humor -una de las armas letales por excelencia- puede leerse también, aparte de una obra literaria, como un alegato a una problemática que históricamente sigue arrastrando la humanidad: la inequidad de género.

Mario Bellatín



ISBN: 978-99974-14-03-8



9 789997 1414038